TRAS EL SUEÑO DORADO 1

Historia de una familia Eldoradense

LOS MARKOVICS

RENATA OTTO

Renata Otto de Tori nació y creció en una chacra del norte misionero, lo que la marcó profundamente, arraigando el amor y respeto por la naturaleza en ella.

Es docente, (profesora de alemán) y escribe desde muy joven.

Fue cofundadora del grupo Literario Dementeazul, desarrollándose luego como escritora independiente. Participa actualmente del grupo Letras Doradas de la ciudad de Eldorado.

Colabora con la organización de la Feria del Libro de Eldorado, visita escuelas incentivando a niños y jóvenes a la lectura y la expresión escrita. Algunos de sus cuentos, como La Tentación, El Milagro y El Caso Gimena Beltrán, fueron galardonados. Participó en 20 antologías, una de ellas española.

Profesores de español en Alemania utilizan textos suyos en sus clases.

TRAS EL SUEÑO DORADO

HISTORIA DE UNA
FAMILIA ELDORADENSE
"Los Markovics"

RENATA OTTO

LIBRO IMPRESO EN LA ARGENTINA

TÍTULO: TRAS EL SUEÑO DORADO

AUTORA: RENATA OTTO

GÉNERO: NARRATIVA

IMPRESO EN LOS TALLERES DE

"EDICIONES MISIONERAS"

PASAJE BRASIL 2435

POSADAS – MISIONES

REPÚBLICA ARGENTINA

luislarraburu@hotmail.com

JULIO DE 2017

Otto, Renata Úrsula
Tras el sueño dorado 1: Los Markovics / Renata Úrsula Otto. - 1a edición especial - Eldorado: Renata Úrsula Otto, 2017. 128 p.; 21 x 14 cm.

ISBN 978-987-42-5037-7

1. Historia de Familias. I. Título.
CDD 929.2

ISBN 978-987-42-5037-7
9 789874 250377

Agradecimientos:

Agradezco ante todo a la vida por darme la oportunidad de plasmar en letras y papel esta historia que es una de las cientos que entretejieron la trama de esta ciudad única, diferente, la que no fue diseñada para ser ciudad y así quedó hasta hoy, en el Alto Paraná.

Y especialmente a Teresa Markovics, quien fue quien relató la historia desde los recuerdos de su niñez y adolescencia, entre horas de charla, mates y risas.

A Daniel Markovics y a Vera Gisela Otto, quienes me facilitaron fotos y alentaron la obra.

A Carlos Burchardt, hijo de Eduviges Markovics, quien facilitó fotografías e información.

A las chicas del Museo Cooperativo de Eldorado, que también posibilitaron fotos e información.

A modo de prólogo

Eldorado es hoy, a casi cien años de sus inicios, una ciudad que alberga a personas de los más variados orígenes. Todos y cada uno de sus habitantes ha contribuido y contribuye día a día a darle su carácter especial, que la diferencia de otras ciudades. Algunas personas son distinguidas por sus aportes, pero la mayoría va cayendo en el olvido. Esta historia es la historia de una familia que formó parte de este sueño desde sus primeros días: la familia Markovics. Es una historia que nos llega desde su tiempo, al cual nos unen pocos puentes, nos habla del sueño que han construido en su día a día estos pioneros. Los invito viajar en el tiempo, tras el sueño dorado… Dándole forma novelada, intento facilitar su lectura, pero la mayoría de los acontecimientos basan en la realidad, transmitida oralmente, también documentados por artículos periodísticos y crónicas históricas anteriores. Quizá haya errores históricos, si así es ha sido

sin querer. En su transcurrir trataré de ir reflejando paralelamente, la historia de ésta, mi ciudad natal.

Capítulo 1: La Llegada

El sol del atardecer arrancaba destellos dorados a la superficie ie del gran río Paraná, que se deslizaba majestuoso y tranquilo entre los barrancos ocultos bajo un manto de mil verdes, que mostraban aquí y allá un borde ya sea de rocas rojizas o de fina arena amarilla allí donde se unía a las aguas. El silencio, poblado de cantos de aves que no se veían, pero se intuían entre la espesura, era desgajado por el ruido monótono del motor de una embarcación que trazaba su ruta abriendo la superficie del río como una navaja, produciendo dos líneas de espuma en su popa, que se iban separando y durmiendo a medida que se alejaban.

- Como una herida que se cura. – expresó Juan Markovics, de quince años, mirando este juego del agua que ya hace días los acompañaba.– Pasamos, abrimos el camino, y éste vuelve a cerrarse, como si

nunca hubiésemos estado.- siguió, mirando a Augusto, su hermano, que estaba a su lado.

- ¡Sólo quiero llegar ya! ¡Estoy cansado de tanta agua! ¡De tanto viaje! ¿Hace cuánto salimos de Brasil? Ya perdimos la cuenta de los días. ¡La tierra prometida, dice ese tipo! No sé, ¡que aparezca ya esa tierra, carajo!- respondió su hermano dos años menor, Augusto, de mal talante.
- Dijo esta mañana que hoy llegamos. Por acá nomás ha de ser.
- ¡No sé cómo saben dónde está! ¡Si toda la costa es igual siempre: monte, monte, monte!

En ese momento, la sirena del barco empezó a colmar el aire con su sonido profundo y vigoroso, alborotando a todos sus pasajeros, que corrieron hacia la proa entre gritos y aplausos.

- ¡Llegamos!

- ¡Llegamos al fin!

Con voz potente y acostumbrada al mando, Julio Adolfo Schwelm, quien era el gestor de esta aventura, que era quien les había prometido llegar a una tierra maravillosa, fértil y pacífica, desde el extremo de la proa anunció:

-¡Amigos, son ustedes los más afortunados! ¡Darán sus primeros pasos en la tierra prometida! ¡Éste es un gran momento! ¡Días maravillosos empiezan hoy, aquí mismo para cada uno de ustedes! ¡Felicitaciones, llegaron a Eldorado! ¡Aquí comienza su nueva vida, en paz, en sus propias tierras, donde con el trabajo de sus brazos y sus manos forjarán un futuro maravilloso para ustedes y sus hijos! ¡En esta colonia agrícola cultivarán su tierra, cosecharán sus frutos, disfrutarán de cada día! ¡Bajen con todas sus cosas! ¡Suban por el barranco, allí arriba mi casa los espera, van a alojarse unos días en ella, hasta que nos organicemos bien y cada cual se instale en su propio lote! ¡Abajo, abajo, abajo!

Juan y Augusto miraban con ojos llenos de asombro la franja costera de pálida arena, que se extendía bajo un enorme barranco cubierto de un espeso matorral de cañas tacuara. El sol doraba la tarde, la humedad se pegoteaba a la piel, pero algo extraño parecía arder en sus pechos. Quizá fueron las palabras del Sr. Schwelm, quizá sólo la felicidad de haber llegado y la expectativa de lo nuevo. Un marinero sujetó una gruesa cuerda a una piedra enorme que sobresalía entre el arenal, otros acomodaron un planchón de madera entre la cubierta y la arena, que era lo único que podía verse como dorado.

-¡Qué se quedan mirando como bobos! ¡Vamos, vayan a ayudar a la mama a bajar las cosas! ¡Terminó el andar "rumfaulenzen" (estar haciendo fiaca) de tantos días! ¡Muévanse! – era Juan padre, que con unos empujones los sacó de su ensueño. Bajaron a la bodega del barco, entre los que ya iban subiendo por la angosta escalera, alzando viejas

valijas de cuero, algunos baúles. Las pertenencias de los diez integrantes de la familia Markovics, sencillamente eran unos pocos bultos de frazadas anudadas, conteniendo sus ropas, algunos enseres de la cocina: la olla negra, un balde y una palangana de hojalata, una lata con grasa, unas bolsas de porotos negros, una con 50 trozos de rama de mandioca y semillas de zapallos, calabazas, pepinos y otras hortalizas. Como eran muchos, cada uno tenía una cosa a su cargo. La madre, Catalina Bahren, curtida de trabajar a la par de su marido, atender a los críos, de los que seis eran suyos y los dos mayores eran hijos de Juan, huérfanos de madre; miró con resignación más que con entusiasmo lo que sería su nuevo hogar.

Venían andando por meses desde Santo Ángelo, en Brasil, huyendo de los Bandeirantes, que perseguían a los europeos que habían intrusado tierras fiscales. Fueron tiempos agotadores de trasladarse con toda la prole, a veces en carro,

otras a pie, bajo lluvia o bajo sol rajante, sin saber con exactitud dónde iban a terminar ese periplo.

_¡Ya vamos a llegar a ese buen lugar para afincarnos, tranquila, madre! – solía decir Juan, pero ella estaba harta de ese andar, no tener una casa, un techo del que podía decir es mío. Todos habían adelgazado y se les había apergaminado la piel. Se bañaban poco, y generalmente en arroyos que encontraban en su camino, por lo que sus cabellos estaban rebeldes y opacos. Ya habían consumido casi toda una bolsa de porotos, de los que cada día cocinaba una porción en la olla negra, reforzándolos con una cuchara de grasa de cerdo. Y si conseguían harina, había reviro.

Habían cruzado la frontera en Paso de los Libres, y desde allí viajaron en tren hasta Posadas, y se acercaron al puerto. Juan, como los demás jefes de familia, acomodó su familia bajo un gran árbol, donde Catalina podía cocinar y todos podían echarse a dormir. Los dos más grandes bajaron al

río, a tirar unos anzuelos, deseosos de cambiar el menú. Él, mientras tanto, fue con los hombres hasta el almacén, que se acurrucaba entre los galpones de madera, donde también funcionaba un bar que era centro de reunión de decenas de sujetos extraños, todos en busca de una changa o alguna oportunidad.

Unos meses antes, él y sus vecinos Haidinger, Hummel, Tod y Pichler, habían llegado ya anteriormente hasta Posadas. La situación en pueblo de Erechim, Rio grande do Sul, se hacía más difícil día a día. Los bandeirantes llegaron a su colonia, que no era otra cosa que un puñado de intrusos en tierras fiscales, y amenazaron con quemar sus ranchos y destruir sus cultivos si no se marchaban de allí. Porque el gobierno había vendido esas tierras a inmigrantes italianos. Ellos sabían que volverían a cumplir con esa amenaza. Había que encontrar un nuevo rumbo. Por la zona circulaba un folletín en alemán, en el que encontraron el anuncio de una

nueva colonia en cercanías de Encarnación, Paraguay. Hacia allí se dirigían los padres de familia. Antes de pasar al Paraguay, hicieron noche en la costa del Paraná en Posadas. Dormirían a la intemperie, pero decidieron ir al almacén por un poco de harina. La copita de caña era casi inevitable, y se habían enterado aquí, en este mismo lugar, de la colonización que un tal Adolfo Julio Schwelm estaba iniciando río arriba, en una zona llamada Alto Paraná. Y fue así: tomando la cañita, acodados en el mostrador, escucharon esa voz profunda y segura, de un hombre apellidado Perscher, que ofrecía, blandiendo unos panfletos, la tierra prometida. Curiosos, se acercaron y tomaron una de esas hojas, en las que en grandes letras negras estaba la palabra "Eldorado" de la Compañía Colonizadora Alto Paraná. Aunque Markovics no sabía leer, los demás sí, y él guardó el papel en el bolsillo y las palabras oídas en la memoria. Habían venido buscando otra colonia, pero la manera que el promotor pin-

taba las del Alto Paraná, les hicieron decidirse por regresar al Brasil, vender todo lo que no podrían llevar y embarcarse en esta nueva aventura. ¡Con cuánto entusiasmo volvió a su familia! ¡Ahora sí dimos en el clavo, mama, ahora sí! ¡Nos vamos a embarcar con este hombre río arriba! ¡Vamos a tener tierra, casa, animales! ¡Terminó la miseria!

Catarina recordó todo eso mientras bajaba por el planchón, pisaba el arenal y alzaba la vista hacia el gran barranco cubierto de monte. ¿Dónde está nuestra casa? Quiso preguntar. Pero había aprendido a callar, a soportar la miseria y poner el hombro. ¿Qué otra cosa podría hacer?

Finalizado el desembarco, Julio Adolfo Schwelm reunió a todos, frente a su propia casa, de tablas anchas de madera, con ventanas de postigos y un amplio corredor que la rodeaba. Pintada de blanco a la cal, elevada del piso por cepos de madera, parecía una mansión a los ojos de los que esta-

ban acostumbrados a ranchos de palmera pindó y piso de tierra.

-¡Felices! ¡Ya arribaron! ¡Ahora les toca a ustedes conquistarla! ¡Acá todo es exuberante, ya lo van a ver! ¡Pero veo ante mío un grupo de valientes y fuertes hombres, que pronto dominarán esta tierra! Les voy a dar, a cada uno: un hacha, un machete, un rifle con municiones, sobre todo para cazar; ¡Pero qué les voy a enseñar a ustedes, que viniendo de Brasil, ya tienen más experiencia que yo en todo lo que al monte y a los cultivos se refiere! Una bolsa de maíz y otra de porotos, para que planten, y para que tengan para comer! ¡Tendrán que poner el hombro, pero les aseguro que pronto esto será un vergel!

Capítulo 2: Primeros tiempos

Junto con la familia Markovics, habían llegado las otras cuatro familias de las que provenían de Brasil, en la chata. Estaban todos cansados de viajar, pero no hubo tregua. Los primeros días se alojaron en unos ranchitos que levantaron en terrenos que pertenecían al fundador (Donde hoy día se encuentra la Costanera de Eldorado) De inmediato los hombres debieron comenzar a derribar árboles, arbustos; luchar con las lianas y las espinas. Era necesario forjar un espacio mínimamente habitable y cultivable. Las mujeres, mientras, organizaron sus bártulos, cocinaron, se ocuparon de los más pequeños y se compartían sus sueños y angustias. Los niños más grandes ayudaban donde podían. Cada vez que lograban la caída de un árbol, los hombres se tomaban un respiro y se aliviaban en palabras:

zona presentaba en ese entonces, decide emigrar. En primer lugar se trasladan a Austria. Decide dar el gran paso hacia América del Sur. Pero para ello necesitan documentos, cosa que nunca tuvieron. Se inscribe pues a sí mismo y a los dos hijos, como ciudadanos del imperio austrohúngaro. Pasan a Alemania, la cruzan hasta Hamburgo y se embarcan, como polizones en la bodega del barco. Así llegan a Buenos Aires. Pero Markovics tiene una idea fija: en esta tierra nueva quiere trabajar suelo propio. Dinero para adquirir alguna parcela en las nuevas colonias que se ofertan, no tiene. Pero ya no quiere trabajar para otros. Deambula con sus dos varones por el hotel de inmigrantes en Buenos Aires. Hace amistad con otros en la misma situación. Escuchan que en Brasil hay tierras fiscales, que se pueden ocupar y trabajar así como así. Así que Santo Ángelo, junto al río Ijuí, es su próximo destino. Allí se instala junto a otros de origen alemán, aunque de diferentes zonas, y conoce a Catalina Bah-

rein, mujer joven, que de allí en más lo acompaña, dándole más hijos: Adolfo, Rodolfo, Federico, Emilia y Rosita. Pero la paz dura poco, ya que pronto los bandeirantes, en nombre del gobierno brasilero, comienzan a molestar y desterrar a los intrusos. Junto a algunos vecinos, y enterados por un semanario en alemán que se publicaba en la zona, de que en Paraguay se instalaban nuevas colonias con inmigrantes alemanes, se decidieron a viajar allí para averiguar. Pero fue en Posadas donde conocieron el proyecto de la Compañía Colonizadora Alto Paraná, y les atrajo la idea de unirse a ello. Regresan, pues, y con algunas otras familias vecinas, recogen sus pocas cosas, cargan las mismas y a los niños en un carro tirado por una yunta de bueyes, y emprenden camino hacia su nuevo destino, donde parece existir mayor paz. Cruzan en Paso de los Libres a la Argentina, deben dejar el carro en pago por una estadía de casi un mes allí y siguen en tren hasta Posadas. Viajar así, sin nada y llevando

todo, con siete hijos, cinco de ellos pequeños, no fue cosa fácil. Y menos sin tener una meta fija más allá de la esperanza de encontrar ese lugar en esta generosa tierra, donde poder cultivar lo suficiente como para alimentarse y vivir en paz. Y Julio Adolfo Schwelm le brindó esa posibilidad. Claro, éste hombre necesitaba gente que trabajara para él, y eso no podía encontrar entre los que compraban su parcela, ya que éstos tenían más trabajo del que podían realizar para levantar su propia chacra. Así que este hombre, con dos hijos que ya estaban en condiciones de trabajar a la par del padre, le resultó sumamente conveniente. Ofrecerle una parcela para su uso, no era un gasto, eran guapos y además tenían un tesoro importante: conocimiento del monte, de los cultivos posibles, cómo, cuándo y dónde cultivar, y qué frutos del monte se podían comer, además de una gran creatividad para solucionar situaciones emergentes. Claro que todo eso también lo poseían los paraguayos que se cruzaban

para conchabarse en la nueva colonia. Pero el problema era el idioma, una barrera que se reforzaba por la espontánea desconfianza del gringo hacia el criollo. Markovics no era alemán, pero sus rasgos eran claramente europeos y hablaba el idioma alemán, aunque en un dialecto bastante áspero, pero podía comunicarse con todos. Era el baqueano perfecto para aquellos que venían esperando un paraíso y se encontraban en medio de un infierno verde, del cual no podían escapar.

La familia Markovics al poco tiempo de arribar a la Colonia Eldorado: Catalina Bahren, Juan padre, Augusto de pie junto a su padre y los hijos pequeños: Adolfo, Rodolfo, Federico, Emilia y Rosita. Falta Juan hijo en la foto.

Capítulo cuatro: tiempos difíciles

Europa había sido sacudida por la Primera Guerra Mundial. Mucha gente había perdido su casa, su empleo, parte de su familia. La propaganda que Julio Adolfo Schwelm realizó en varias ciudades alemanas pintaba, por poco, un paraíso terrenal. No existía mucha posibilidad de averiguar la veracidad de lo expuesto en sus arengas y sus panfletos. Y está comprobado que la desesperación lleva al ser humano a menudo a tomar decisiones apresuradas. Así fue que muchos se embarcaron, literalmente, en esta aventura, vendiendo lo poco que les quedaba, llevando con ellos lo que consideraban indispensable: abrigos, algunas herramientas, algunos pocos utensilios de cocina, aseo y algún efecto de alto valor sentimental. De ello, los abrigos poco y nada les resultaron útiles en el clima subtropical. Sí fueron de vital importancia las herramientas, así sea una aguja, ya que en los primeros tiempos de la colonia no existió posibilidad (ni

dinero) de adquirir un elemento tan sencillo, pero de gran utilidad en una familia de varias cabezas, donde zurcir estaba al orden del día. Schwelm representaba una banca inglesa, y consideró que también podría atraer ciudadanos de ese país. Pero fiel a su principio de no mezclar las colectividades, sino más bien agrupar en una picada a todos los que provenían de una misma zona, previó ubicar a los ingleses algo alejados de los alemanes, para evitar rispideces, dados los conflictos internacionales europeos. Así que creó Colonia Victoria. Aunque el primer intento no resultó.

Un buen día, el alboroto que producía en el puerto de Eldorado la llegada de cada barco pareció multiplicarse. Se había corrido la voz, de que llegaban ingleses de alcurnia. Augusto, a quien le había tocado en suerte venir con el carro de bueyes, estiró curioso el cuello. Se preguntaba cómo sería esa gente fina. Un silbido escapó de entre sus dientes cuando apareció al tope de la planchada de desembarco,

una verdadera dama: rubia, con el rostro enmarcado por una corona de trenzas, observó con claro desprecio a todos esos harapientos salvajes, hizo un mohín con sus labios carmesí, y alzó levemente su vestido de pollera muy amplia, dejando ver las enaguas rematadas en su ruedo por una ancha puntilla que, al inicio del viaje, seguramente fue blanca, pero que al momento de descender a la arena del puerto ya se había puesto gris y seguramente completaría su tinte con el rojo de la tierra misionera. La dama fue recibida por el mismo fundador y acompañada a la casa en lo alto del barranco, donde la recibió la esposa de Schwelm, con un té y unos pastelillos. Paseaba sus grandes ojos claros por todos los rincones, con cierta resignación, pero aún altiva. Augusto ayudó a cargar los baúles bajo la atenta supervisión del esposo dela dama, sr Clermont, que hacía grandes aspavientos diciendo:

_¡Cuidado, con sumo cuidado ese baúl, que trae la mantelería! ¡Más atención a éste, que tráela cristalería! ¡Y éste, que contiene los efectos personales de mi esposa! ¡Cuidado!

Augusto acomodó todo lo mejor posible, comió el almuerzo que su madre le mandara con una de las media hermanas y esa tarde emprendieron camino por una picada nueva que el fundador había mandado abrir hacia el norte. No se había atrevido a ayudar a la dama a subir al carro, pero sí se mantuvo lo suficientemente cerca como para observar la tersura blanca de su piel. Los instalaron, como a todos. Colaboró con la construcción de un ranchito, cazó algún animal para que tengan alimento suficiente y sonrió sarcásticamente, al ver, unos días más tarde, que la señora colaba el matecocido con las puntillas de lo que habían sido sus enaguas, totalmente inapropiadas para el lugar.

Al mes, el fundador les indicó a su padre ya él, que fuesen a ver cómo se las arreglaban los ingleses. Como siempre, al

acercarse, rasgaron el aire con unos gritos, anunciándose. Y cuán grande fue su susto y asombro, cuando el señor inglés les salió al encuentro, agitando los brazos en alto y con el rostro desesperado. Su piel se veía roja, quemada por el implacable sol, sus ropas estaban ajadas y sucias.

_¡Mi mujer! ¡Oh Dios! ¡Gracias a Dios que vinieron! ¡Mi mujer necesita ayuda! ¡Está muy mal! ¡No me animé a dejarla sola acá e ir a buscar socorro!-

-Pero, ¿qué pasó? ¿Le picó una víbora? ¿Se lastimó?-

-¡Se la están devorando viva! ¡Esto es horrible, totalmente horrible! –

Mudos de asombro se aceraron al rancho, donde la dama yacía sobre un camastro hacho de tacuaras. Sus piernas eran dos globos rojos, cubiertos de heridas espeluznantes, repletas de larvas de mosca ura, los pies hinchados y cubiertos por piques, que anidaban tanto en los dedos como en la

planta de los pies. Se retorcía de dolores y de fiebre, era un espectáculo terriblemente triste. Sin pérdida de tiempo, cargaron el camastro al carro, trasladándola de regreso a la casa del fundador, donde éste y su esposa se hicieron cargo de la pobre mujer. Hicieron venir a Catalina, que de inmediato lavó las piernas con jabón rústico, comenzó a sacar los piques enjuagó con querosene los pies y colocó nicotina extraída de la pipa del fundador sobre las heridas que contenían las larvas. Vendó todo y dijo que había que esperar al día siguiente, para extraer las larvas muertas.

_¡Esa mujer no es para esta vida! Exclamó al llegar a su rancho esa tarde.

_¿Pero cómo es que se llenó tanto de gusanos, mamá?- preguntó su hijita que había asistido a la madre durante la tarde y se sacudía de asco al recordar esas heridas.

_Le habrán picado los mbarigüí o mosquitos, ella se rascó y se abrió la piel. Y cuando se durmió, vinieron las moscas ura y pusieron sus huevitos. ¿Ven? ¡Por eso no deben rascarse! – Catalina no era mujer de largos discursos y más bien de pocas pulgas y la mano floja para el castigo a quien le desobedezca, sobre todo si eran los dos hijastros. Más de una vez los tomó de los cabellos para darles una buena sacudida. Los muchachos, que tenían la prohibición de su padre de golpear a su madrastra, se defendían en esos casos con un mordisco en sus voluminosos senos, logrando la libertad inmediata.

Al día siguiente, mientras Catalina extraía las innumerables larvas de las piernas de la inglesa, friccionándolas luego con querosene para desinfectarlas, entre los quejidos y gritos de ésta; Juan padre y Augusto llevaron al esposo de la misma con el carro al lote en Victoria, éste reunió las pertenencias que le más importaban y, aprovechando que justo

había arribado otro barco, los ingleses regresaron a Buenos Aires, y quizá hasta a las islas británicas, dejando atrás esta tierra demasiado salvaje para una fina dama. Nunca más supieron de ellos. Y es verdad que la Colonia Victoria, nombrada así en honor a la reina inglesa, fue un fracaso en el sentido de que los pocos inmigrantes ingleses que se aventuraron a la zona, pronto decidieron irse nuevamente a regiones más frescas. Podían hacerlo por contar con los medios necesarios para ello. Recién años más tarde se logró poblar esa zona.

Capítulo cinco: Historias de monte adentro

Una de las primeras tareas que el fundador encomendó a los Markovics, fue abrir y hacer transitable la Picada Maestra abierta por empleados de grandes compañías madereras de Rosario o Buenos Aires. Éstos, obrajeros reclutados con promesas de paga falsas trabajaban y vivían en un sistema de esclavitud. Sacaban los mejores troncos de árboles de madera llamadas "de ley" (cedro misionero, loro negro, incienso, lapacho y Palo rosa) a hachazos limpios, los desgajaban, ataban con lianas isipó a la alzaprima tirada por bueyes, que arrastraban su carga hasta la costa del río Paraná, donde ataban con lianas formando enormes jangadas, que luego navegaban solas, arrastradas por la corriente hasta las grandes ciudades mencionadas. Pues bien, ésa picada había ya casi desaparecido, ante el avance de la selva. Con no más que el hacha y el machete, movidos a puro músculo

y traspiración, volvieron a hacer transitable para los carros tirados por bueyes ese sendero. (Que siempre fue la arteria principal de Eldorado, y desde 1934 se llama Avenida San Martín)

Nuevos colonos fueron llegando constantemente y los Markovics siguieron en su tarea de trasladarlos a sus lotes, y quedarse con ellos unos días, ayudando a ubicar el arroyo o una naciente, y cerca de ella limpiar un espacio como para armar el primer rancho, siempre armando una estructura con troncos delgados que tengan una horqueta en el extremo superior, para sostener otros travesaños sobre los que se sujetaban las paredes de caña de tacuara y el techo de hojas de palmera pindó. Se armaban los camastros junto a las paredes y en el centro se ubicaba el fogón. Luego colaboraban en la tarea de voltear los primeros árboles de mayor porte y lograr un espacio cultivable. A veces también se internaban monte adentro en busca de algún tipo de árbol

en especial, por ejemplo la cancharana, apta para las tejuelas que se utilizaban para cubrir los techos de casas de madera, o para cazar o sencillamente conocer cómo era el lote, si había bañados, partes pedregosas o era todo de buena tierra cultivable. Así, en una de esas circunstancias, habían cazado un buen ejemplar de tateto, y como siempre, tras asar las partes con más hueso para consumirlas de inmediato, cortaron la pulpa de la paleta y el cuarto en tiras, las salaron y colgaron en lianas de isipó sobre el fogón, para secarlas y poder utilizar más adelante. Al día siguiente, volvieron a salir para incursionar por el monte, cuidando de colocar varios tizones gruesos sobre las brasas, para producir mucho humo y así conservar la carne. Al regresar, ya de tardecita, notaron que dentro del rancho había movimiento. Levantando rifles y machetes se acercaron más y de pronto salió un gran yaguareté, dando un salto pasó por encima de ellos y huyó al monte. En sus fauces llevaba unas cuantas

tiras de carne. El susto fue enorme, pero sabían que el felino difícilmente los atacaría. Sólo olfateó la carne y quería alimentarse.

En otra oportunidad, debieron desmontar una parcela. Como siempre, lo primero fue limpiar un claro cerca de una naciente, levantar allí un ranchito de ramas como estructura, tacuaras verticales como paredes y hojas de pindó de techo. Fogón en el centro, camastros de tacuara en los laterales. Servían de asiento y para acostarse a descansar. Sobre el fogón, la liana de isipó con las tiras de carne ahumándose.

Apenas clareaba el día, se levantaban, tomaban unos mates y empezaban le tarea: el desmonte no era para flojos. Había que bajar a hachazos los árboles, desgajarlos luego para dejar el tronco dispuesto para su transporte a algún aserradero, contar matorrales de ortigas, uña de gato, tacuapí y tacuaras. Alguno ponía los porotos en le negrita a media

mañana: se cocinaban solitos en el fogón que siempre mantenía sus brazas encendidas. Cuando el sol estaba en el cenit, hacían una pausa, se refrescaban con agua de la naciente, servían los porotos con carne ahumada, alguien preparaba reviro para acompañar. Breve siesta y de nuevo a traspirar machete o hacha en mano. Hasta que caía el sol. Si había un arroyo, un buen chapuzón, y al ranchito. All+i, nuevamente reviro y porotos (lo que quedó del mediodía) y claro, buena charla. Las herramientas descansaban apoyadas contra la pared de cañas. Siempre alguno se destacaba por su capacidad de cuentero, inventaba o decoraba historias, con finales ya sea trágicos o ridículos. Así fue esa noche también, el cuento resultó de lo más gracioso, los hombres se hamacaban de risa, golpeándose las rodillas con la palma de la mano. Pero su bullicio se paró en seco cuando escucharon un sonido extraño: "trrrrrrrrrrrr". Se quedaron mirándose unos a otros: ¿Qué

animal producía un ruido así? ¿Acaso una serpiente de cascabel rondaba? No era lo normal. No solían atacar si no se sentían amenazadas. Finalmente uno juntó el coraje para tomar un tizón y salir a ver. Su carcajada alivió a todos, cuando descubrió que sencillamente había sido un hacha que se cayó deslizándose por las cañas de tacuara que formaban la pared, lo que sonó así: trrrrrrrrrr!

Augusto Markovics y un amigo delante de su rancho. Se observan utensilios varios de la época

Capítulo seis: El rescate

Juan, el hermano de Augusto, se encontraba un día carpiendo en su chacra a orillas del río Paraná, junto a un peón suyo, cuando escucharon gritos que venían desde el río.

Miraron con atención y vieron un grupo de personas en la costa paraguaya, haciendo señas con los brazos en alto, y gritando como para llamar su atención. Decidieron averiguar, así que bajaron por el barranco hasta el bote que tenían para pescar y se cruzaron el río. Eran indígenas, sobrevivientes de una tribu diezmada por una enfermedad: unos cuantos hombres y mujeres. Una tenía una niña pequeña. Estaban totalmente desnudos, como era su usanza, y pedían por favor les ayuden.

Con ayuda de su peón, los cruzaron a todos en el bote. Los llevó hasta su casa y les dio un espacio para que construyan allí sus ranchitos. Les dio alimentos y ropas y les enseñó a

cultivar y cosechar. Pero ellos habían contraído la enfermedad y uno tras otro fallecieron. Sólo sobrevivió la niña, que era sumamente despierta. Juan la adoptó y cuando tuvo edad como para ir a la escuela, la inscribió en el Instituto Hindenburg, que se encontraba en el kilómetro 14. Todos los días la llevaba y traía con un tractor. Terminada la primaria, Anita Markovics expresó que quería seguir estudiando. Aún no había secundario en Eldorado, así que la llevó a la ciudad de Posadas, donde quedó pupila en un colegio. Finalizó su secundario y continuó estudiando: nada más y nada menos que medicina. Obtenido el título de médica, se radicó en Cuba.

Capítulo siete: Pasos jóvenes por Eldorado

Con el paso de los años, la Colonia Eldorado fue cambiando su fisonomía: surgieron comercios, se instalaron los primeros profesionales, se abrieron escuelas ,la picada Maestra ya no era transitada únicamente por carros tirados por bueyes, hubo ligeros sulkys, tirados por caballos, los primeros automóviles, los primeros camiones, sin embargo, Augusto, ya un hombre joven, se había independizado de su padre, pero seguía con su carro de bueyes, con el cual transportaba rollos desde las chacras al aserradero de Michaelowics, cerca del km28. También recalaba a menudo en el Km 36, Si le tocaba estar allí al mediodía, siempre paraba en un almacén, una suerte de "Almacén de Ramos Generales", perteneciente a las familia Schweikart, que también servía comida y bebidas. Allí conoció a una una joven empleada, de contextura frágil, pero muy ágil en sus movi-

mientos y muy dada a la conversación, que trabajaba allí, teniendo que cocinar, servir y limpiar. Volvió más seguido, le caía bien la chica. Así de almuerzo a almuerzo, se fue ganando su confianza. Tras las comidas, solía esperar que ella terminara su tarea en la cocina, y luego se sentaban a la fresca sombra de un gran árbol, delante del comedor, donde había unos bancos rústicos de madera para el descanso de los clientes que venían desde lejos y a menudo debían esperar un medio de transporte que los devolviera a su lugar. Allí, tomaban unos mates que despabilaban la siesta, y se contaban sus cuitas e historias. Un día, Otilia refirió la suya:

- Mi familia es de origen alemán. En realidad el apellido de mi padre era Sachs. Él y mi madre, Ana, con tres pequeños niños, y ella embarazada, huyeron de Alemania, porque él debía ingresar al ejército, y de ello no quería saber nada. Desembarcaron en Brasil y comenzaron a internarse en ese país. Pero no se sentían a salvo, siguieron de pueblo en pueblo, y en uno de ellos Ana dio a luz, pero el niño falle-

ció a los pocos días. Lo enterraron y continuaron su andar. Así llegaron a Foz do Iguazú. Allí mi padre se desesperó por la persecución e intentó cruzar el río Paraná a nado sobre un tronco, para llegar a Paraguay, país neutral. Pero claro, no estaba en condiciones para semejante proeza, ni conocía el río lo suficiente. De tanto andar y alimentarse mal, estaba muy débil y al quedar a merced de la correntada que lo arrastraba hacia el sur, a pleno rayo del sol, se insoló, desmayó y finalmente falleció sobre el troco, que lo llevó hasta Candelaria, donde encontraron su cuerpo. Mi madre se había quedado allí, en la ciudad brasilera, sin conocer a nadie, ni el idioma, en una especie de campamento. Al terminar el dinero que traía y no regresar su esposo, tuvo que buscar algún modo de subsistir. Sabía cocinar muy bien, y como para ello no es muy necesario el idioma, se empleó en la especie de fonda, donde comía con los niños, desde que habían llegado y con unas pocas palabras, logró hacerse

entender. Pero no se sentía tranquila ni a gusto y siguió buscando otras posibilidades. Alguien le ofreció trabajo de cocinera en un comedor en Ituzaingó, Corrientes, así que terminamos allí. Pero había caído en manos de mala gente, que se aprovechó de su situación de mujer sola con tres niños que criar. Quedó en ese lugar, trabajando para solventar únicamente los gastos de alojamiento y alimento para ella y las tres boquitas. Estaba sola con nosotros tres: yo, Paulo y Tony, que andábamos por el patio de la cocina o bajo la enramada, durante todo el día. Ella quería algo mejor, pero no veía muchas posibilidades. Allí paraban viajeros, cuando venían de Buenos Aires. Era uno de los puntos de descanso obligado para quienes se dirigían desde la capital a Posadas o al Alto Paraná. Algunos quedaban un día para reponerse del viaje, porque tenía una especie de hotel también. Entre esos viajeros se encontraba un tal señor Riekert. Era un músico, oriundo de Buenos Aires, que había

abierto un conservatorio en la ciudad de Posadas: el Conservatorio "Beethoven". Pasaba relativamente a menudo, ya que regularmente regresaba a Buenos Aires., donde estaba la casa central, y sus padres. Al enterarse de la situación de explotación a la que estaba expuesta mi madre-trabajaba duro de sol a sol, y no recibía efectivo, sino únicamente el alojamiento y comida- y advirtió por sus modales y conversación que ella era una persona culta, le ofreció ir a vivir a Posadas con él, para realizar los trabajos domésticos en su casa, y quedarse allí cuando él viajaba. A ella le gustó la idea de irse de ese lugar de mala muerte, y sobre todo, a una ciudad, ya que provenía de una familia de buena posición y sólo la necesidad la obligaba a estar donde estaba. Fue una excelente decisión, el hombre le causó una muy buena impresión a mi madre, y no se equivocó, porque al poco tiempo, se casaron y él hasta nos dio su apellido a los tres hijos que traía. Por fin estábamos mucho mejor. Él

se preocupaba mucho por que tengamos, tanto nosotros como los tres hijos que con el tiempo tuvo la pareja, una excelente educación: asistíamos a la mejor escuela y todos, niñas como varones, hicimos el colegio secundario.

-¡Generoso, el hombre! –Acá ni hay secundario todavía. Hay escuelas para los niños, algunas del estado y está la alemana, en el km 14, Hindenburgschule se llama, que ahora tiene internado y todo para que los hijos de los chacareros que viven lejos puedan ir también. Y aprenden los dos idiomas, el castellano, que enseñan luego en sus casas a sus padres, y el alemán, que lo hablan, aunque hay cada dialecto raro, pero bueno, aprenden a leer y escribir en ese idioma también.

-¿En serio? ¡Qué bueno, eso a mi padrastro le encantaría saber! ¡Es una persona que se preocupa mucho por la formación de las generaciones futuras! ¡Y tenés razón, es totalmente generoso, y extremadamente correcto! ¡Un

verdadero señor germano!- respondió ella con un suspiro, mientras cebaba distraídamente el mate.

- ¿Y qué pasó entonces? No entiendo cómo es que una señorita de buena familia y tan educada como vos, está aquí, sentada con un bruto como yo, bajo un árbol del monte, sobre bancos de tabla rústica.

Ella rio un poco por lo bajo, luego alzó sus ojos hacia él y explicó:

- Bueno, a medida que yo iba creciendo, mi relación con mi madre se hizo tensa, cada vez peor, hasta que un día decidí buscar nuevos caminos. Sabés que uno cuando es joven cree que puede tumbar el mundo, ¿no es así? Soñaba con ser independiente, sin que nadie me esté indicando paso a paso qué hacer. Pensé mucho qué era lo que podría emprender, adónde ir. Se hablaba mucho de las colonias nuevas en el "Alto Paraná", así que un buen día tomé mis ahorros, mi ropa y me embarqué tentada por el nombre de esta colonia, Eldorado. Pero, bueno qué querés que te diga. No es tan dorado ni tan sencillo como imaginé. Acá trabajo por el techo y la comida, la verdad que no me tratan muy bien. Extraño a mis hermanos y también la casa, todo. Pero tengo mi orgullo, y además sé que mi madre va a ser muy dura conmigo si vuelvo con la cabeza gacha. No, eso no lo puedo hacer.- declaró sacudiendo enérgicamente su cabeza.- Tengo que buscar otra cosa aquí, porque Eldorado también me gusta, hay muy buena gente acá, como vos por ejemplo.

-¡Mirá!- dijo Augusto, tomando ambas manos de la chica entre las suyas.-¡No tengo una casa siquiera, sólo un ranchito, con dos catres, en el km 28! Pero no falta nunca para la olla, soy analfabeto, ateo, pero trabajador y honesto y al rancho, seguro que vos vas a poder arreglarlo y transformarlo en un verdadero hogar de a poco. ¿Te venís conmigo? Te ofrezco lo poco que tengo, me gustás mucho.

Bien me vendría una mujer a mi lado. Y formaremos una linda familia. ¿Qué me decís?

Así fue que Otilia fue a vivir con Augusto. Ella, había crecido - tras haber sido rescatada junto a su madre por el sr. Riecken, con ciertas comodidades, en un entorno de cultura musical, había asistido a la escuela primaria y hasta la secundaria; fue a construir su vida en uno de los ranchos de "costaneros", caña de tacuara y techo de hojas de pindó, como tantas mujeres valientes que poblaron e esos primeros tiempos la colonia. Allí, asistida por una comadrona de apellido Schendelbeck, dio a luz el 27 de febrero de 1940, a su primer hija, una niña hermosa y sanita al a que llamaron Teresa. Que haya sido niña, no fue del todo lo que Augusto esperaba. Muy práctico, sus expectativas eran de un joven ayudante masculino. Pero bien, ya vendría el varón.

Augusto con la niña Teresa en brazos

A unos meses, había que anotar a la criatura,- a esa altura ya existía un juzgado de paz-en el que Teresa Markovics fue inscripta. La niña creció saludable, pero el sueño del hijo varón estaba siempre presente. Al año, las expectativas aumentaron, al quedar Otilia nuevamente embarazada.

Mientras Augusto salía a transportar troncos o trabajaba en el mandiocal o maizal, ella realizaba todos los trabajos de la casa- que seguía siendo el rancho- la huerta y los animales: acarrear agua, arrancar y pelar mandioca, picar esas mismas raíces para los chanchos, desgranar maíz para las gallinas, lavar la ropa con cepillo y jabón rústico, hirviendo las prendas para que se limpien mejor, en fin, cada día estaba colmado de tareas. Y la niña Teresa, iba y venía con sus pasitos tambaleantes tras su madre. Apenas si había tiempo para amamantar. Así en medio de ese trajín, un día tras una intensa lluvia de julio, llevaba Otilia una lata llena de mandioca picada a los cerdos, y en un descuido resbaló, al pisar un marlo ,cayó y a causa del golpe, perdió la criatura de cinco meses de gestación: era varón. Pero ni tiempo para largas tristezas había: el día a día no perdonaba. Luego nació Norma, tras la cual volvió a perder otro embarazo, al enfermar durante el mismo de fiebre tifoidea. Unos años

más tarde, nació Clara y finalmente su sueño se cumplió con el nacimiento de Daniel Augusto. Pero el trabajo era mucho y duro en la chacra. Y las niñas, sobre todo Teresa, debieron ayudar a su padre en las tareas.

Otilia Riecken, madre de Teresa Markovics

Capítulo siete: Infancia en el monte

La familia de Augusto Markovics llevaba una vida de privaciones. Aunque el lugar donde vivían hacía unos años era espectacular: en un cerro, en lo que se denominaba "la Picada Suiza", rodeados de vecinos de esa nacionalidad. Comida no faltaba: había lo que la tierra ofrecía y lo que a ella lograban arrancarle. Era sumamente fértil, lo que era un beneficio si de verduras, hortalizas o legumbres se trataba. Pero lo era también para las malas hierbas y todo tipo de yuyos. Constantemente se debía controlar y desmalezar, ya que si uno se descuidaba, los cultivos desaparecían en cuestión de días bajo las hojas de aquello que no era útil. ¿Y quién mejor que una niña – que dada su corta estatura, parecía estar más cerca del suelo, para hacerlo? Sólo que ella debía curvar su espalda al igual que un adulto para quitar los yuyos. Y en realidad debería estar jugando. Pero eso era

imposible. Demasiado trabajo, todas las manos debían colaborar, no existía la noción del juego.

Una mañana, mientras tomaban el mate desayunador, una lluvia intensa cubrió el paisaje que se veía desde el cerro en que vivían. Hacía unos años Augusto había adquirido un lote en la denominada "Picada Suiza", en la que el fundador había aglutinado a los inmigrantes provenientes de ese país. Era una zona de serranía, hermosa y agreste. Otilia miró con preocupación cómo el viento sacudió el rancho peligrosamente.

_ ¡Vas a tener que arreglar este rancho antes de que llegue el frío este año, o la vamos a pasar mal, Augusto!- comentó, mirando con miedo cómo se movían los postes de su precaria vivienda.

_¡No!- respondió él. -¡Ya estoy cansado de arreglarlo! ¡Que se pudra este rancho!- y se levantó sin más comentario.

Otilia, ya acostumbrada a estos arranques y pocas palabras de su compañero, suspiró hondo y rogó a Dios, que de todos modos el hombre se ocupe del tema.

Al día siguiente, que amaneció con un sol radiante, Augusto, al devolverle el tazón del reviro, dijo:

_¡Que la guaina grande venga conmigo!- buscó dos hachas, una tronzadora, y se encaminó al monte. -

La niña Teresa, con sus nueve años, era alta y delgada. Pero de tantos trabajos duros, musculosa y pura fibra. Sabía manejar la escopeta, el hacha y el machete como cualquier muchachote. Su padre parecía no darse cuenta de que era una niña lo que tenía al lado, y le exigía tareas de hombre. Así fue también ese día. Cuando halló el cañafístola recto, de buen diámetro, que ya hacía tiempo había elegido para transformarlo en tablas, le indicó, colocando la sierra tronzadora a la base del mismo:

-¡Vos de aquel lado, yo de acá, primero tenemos que cortar una cuña, después seguimos con las hachas. ¡Vamos a tumbarlo!–

Teresa miró el tronco tan grueso que hacían falta tres personas como mínimo con los brazos extendidos. Le parecía imposible que ellos lo corten. Pero estaba acostumbrada a obedecer, así que tomó el cabo de la tronzadora y ayudó a su padre. Tras un larguísimo rato de empujar y estirar la sierra, el padre la sacó y apoyó un poco más arriba e inclinada. Siguieron cortando hasta llegar al corte anterior. Entonces su padre tomó el hacha y golpeó hasta sacar esa cuña.

-¡Tomá el hacha!- Le ordenó. – Ahora le tenemos que dar duro y parejo. Y durante las próximas horas sólo los golpes de hacha, en un ritmo parejo, cortaron el silencio. Al mediodía volvieron a comer y descansar un rato. Teresa sentía que sus brazos ardían de tanto esfuerzo y pensó que nunca

más podía ni levantar un hacha. Pero por la tarde siguieron, y al día siguiente también, y así unos seis días; hasta que el inmenso árbol cayó estrepitosamente. Lo que no indicaba el fin de la tarea: ahora había que desgajarlo. Por fin Augusto llevó la yunta de bueyes al monte, y arrastraron el tronco hasta el patio. Allí construyó dos caballetes para elevarlo un poco y, él de un lado, Teresa del otro, fueron cortando centímetro a centímetro, con una sierra tronzadora la primer capa, luego la primer tabla, la segunda, hasta acabar con ese tronco. Días y días de tremendo esfuerzo, sobre todo para la niña. Luego buscaron otro árbol y otro. Cortaron tablas y tirantes, y finalmente tejuelas de cancharana. Las ventanas tenían simples postigos de madera. Así, finalmente, ese invierno lo pasaron entre paredes seguras bajo un techo que resistía las fuertes lluvias de la zona. Por supuesto, la cocina, es decir el fogón, durante unos dos años permaneció en lo que había sido el rancho. Recién cuando se pudo comprar

una cocina a leña, de hierro fundido, se instaló en la casa, agregándose otra habitación a tal fin, con todo el esfuerzo que ello significaba nuevamente.

La casa de madera contaba con un espacio llamado "veranda" donde solían sentarse a tomar el mate a{ regresar de la chacra a la tarde

Augusto inició un vivero de yerba, para mejorar los ingresos. Los Hanske, una familia de la zona, que tenía un pasar bastante más acomodado, y por ende podía dejar un sector de su plantación de yerba sin cosechar para que florezca y produzca semillas, le ofreció las mismas, a cambio de cierta cantidad de los plantines que logren. Allí fueron, padre e hija- Teresa ya tenía doce años, era espigada y alta para su edad, a cosechar. Era marzo, porque debían estar bien maduras las pequeñas bayas, tanto que la mayoría era prácticamente negra. A simple vista, parecía cosa sencilla, pero dados los ácidos que contienen las bayas, la piel de las manos quedaba dura y dolorosa. Guantes no existían, ni quejas. Había que ayudar. Toda la mañana, hasta que el sol implacable estuvo bien alto, las manitos fueron quitando racimo tras racimo, trepada la niña a una rústica escalera.

Una vez en su propia chacra, colocaban media bolsa de semillas en cada tambor, que ya tenía agua desde la mañana, y que por lo tanto estaba tibia. Luego se cubría con unas hojas de pindó, para que no les dé mucho sol, aunque sí debían mantenerse a bastante temperatura. (en la naturaleza, algunas aves comen las semillas y el calor de sus cuerpos produce la descomposición de las bayas, liberando luego la pepita al suelo, así es como se reproducen los yerbales nativos en el monte). Tras varios días, finalmente una capa de cascarilla negra flotando sobre el agua, indicaba que el proceso había sido exitoso.

-¡Vamos Teresa, esto ya está! hoy vas a sacar toda esa cascarilla, y después, con mucho cuidado, tumbás cada tambor sobre una ponchada. ¡Pero con cuidado, despacito, que se tiene que ir el agua, y quedar la semilla. Yo mientras preparo la tierra para sembrarla. ¿Me entendiste? ¡Con mucho cuidado! y eso a una niña de apenas doce años. Para poder hacerlo más o menos bien, Teresa colocaba un banquito delante del tambor, inclinaba al mismo hasta que quedaba

apoyado, sacaba una parte del agua, y luego, cuando ya quedaba poco, recién lo dejaba caer del todo. El padre entregaba esas semillas a la tierra, que prácticamente era puro humus. Luego venía la parte más difícil para la niña.

Al levantarse temprano, ya vio que los dos machetes, con el filo reluciente, estaban sobre los banquitos delante del rancho. Su madre le sirvió el mate cocido con algo de leche y miel. Y le pasó un trozo de pan casero untado con grasa de cerdo. Ella tenía ganas de ponerle miel al pan también, pero no se animó a pedirlo, porque su padre, sentado junto al fogón, refunfuñaba solo como a menudo lo hacía, y a ella le daba miedo cuando estaba así. Porque se enojaba fácil el hombre.

_¡ Vamos, hay que cortar cañas de tacuara para trasplantar los plantines de yerba! Ya tienen cuatro hojas, hay que apurarse!- dijo de pronto, sin levantar la vista ni mirarla, pero ella sabía que el mensaje era para ella. Buscó con los ojos a

su madre, pero ésta, embarazada y traspirando junto a la olla, no le devolvió la mirada. Teresa tragó el pan, apuró el mate cocido y se paró cerca del banquito con los machetes.

-Estoy lista- dijo.

-¡Agarrá un machete, y vení!-

La niña tomó el que le parecía más liviano, y empezó a caminar hacia el monte. Ya pronto escuchó los pasos de su padre tras ella. Sabía dónde estaban las matas de caña tacuara, porque cada vez que andaban por ahí, caminando a la sombra de los grandes árboles, esquivando ortigas y matorrales de uña de gato, él le iba nombrando las diferentes especies de árboles, arbustos y cañas. Y ella trataba de acordarse siempre los nombres, para que cuando la próxima vez que pasaban por ese lugar, pudiera responder adecuadamente, para evitar el enojo del hombre. Así aprendió a reconocer el timbó u oreja denegro por la forma de su fruto,

el incienso, el alecrín, el guatambú y los lapachos negro y amarillo, tanto como el cedro misionero, cuyos frutos secos parecían flores de madera.

-¡Mirá! ¡Mirá y aprendé!- le dijo al llegar al lugar donde las enormes cañas se adueñaban del espacio todo. –Primero tenés que mirar bien, y meter el machete golpeando las cañas, para espantar arañas, alacranes o cualquier bicho maldito que ande por ahi! ¡Después tomás una caña, la que esté más afuera, con la mano izquierda y le das el machetazo con la derecha! Tratá de que sea en chanfle, así, inclinado. La tenés que tironear, una vez que la partiste, para desenredarla arriba, y que caiga. Una vez que está en el suelo, la vas cortando en trozos, asi, que siempre quede un nudo abajo, que sea como un vasito. ¿Ves? Ahí dentro va tierra y una plantita de yerba.

Teresa sólo asintió con la cabeza, tomó la primer caña y le asestó el golpe más fuerte del que fue capaz con sus braci-

tos flacos. El filo realmente era bueno, pues aún con mucho menos fuerza que el hombre adulto, logró vencer la caña en el segundo intento. Un frío recorrió su espalda cuando se le ocurrió pensar qué sucedería si en lugar de darle a la caña le daba a su brazo…Pero no había tiempo para ese tipo de pensamientos. Siguió cortando, trozando, quitando hojas. Las cañas tacuara son ásperas, cubiertas por un fino polvillo que tiene efecto de lima. El machete tenía el cabo de madera, duro. Pronto los callos, las llagas, el dolor y la sangre cubrieron las palmas de ambas manos de la niña, que mordía sus dientes, cerraba los ojos y continuaba. Había que ayudar.

Cuando ya no pudo más, con lágrimas verdaderas surcando su carita traspirada, se dirigió al hombre y dijo:

-¡Papá! ¡Me duele mucho!-

-¡Pero si serás perezosa y floja! ¡Vení para acá!-

Ella fue temblando, a la expectativa de una cachetada. Pero su padre sólo tomó el paño que traía para secarse el sudor, le arrancó una franja, le vendó mal, mal las manos con ello y le dio un empujón:

- ¡Seguí! ¡Que necesitamos dos mil-

El vendaje no calmaba mucho, pero ella no se atrevió a decir nada más. Únicamente sus lágrimas rodaban todo el tiempo. No podía retenerlas, por eso se colocó dando la espalda a su padre y redobló los esfuerzos. Durante casi dos meses, iba día a día al monte a cortar cañas. Porque no sólo eran necesarias las que harían de maceta, también debían cortarse los extremos ya más delgados en trozos para colocarlos a modo de parasol junto a cada plantín.

Con la ganancia de los plantines, Augusto pudo adquirir un camioncito Ford 4. Nunca dijo gracias, cosas así ni se le

pasaban por la cabeza. Pero en secreto, Teresa sintió el orgullo de haber contribuido a ese logro.

Capítulo ocho: En la casa nueva

La casa construida con las tablas cortadas a pulmón por Teresa y su padre, estaba emplazada en la cima del cerro, pero como estaba rodeada de monte, no se veía lejos, a pesar de la altura. Sí corría siempre una fresca brisa agradable.

La habían pintado de blanco a la cal, y era realmente muy cómoda, con dos dormitorios. Una escalera de madera llevaba a una especia de corredor, ya que la casa estaba separada del suelo mediante unos cepos o postes de madera de nos 50 cm de altura. De este modo se resguardaba la vivienda de alimañas por un lado, y se evitaba que las maderas de los pisos se dañaran pronto por la humedad, por otro lado.

Pero un día, cuando ya caía la tarde, grandes nubarrones cubrieron el cielo desde el oeste y con fuertes truenos anun-

ciaban una gran tormenta. El viento comenzó a soplar cada vez más fuerte y Augusto tomó los recaudos del caso: desató los terneros para que puedan refugiarse junto a sus madres y ordenó a toda su familia meterse bajo el camión. Así lo hicieron, por suerte, ya que al rato el viento se transformó en un silbido intenso y pasmados vieron caer los árboles del monte como si fueran fichas de dominó, empujadas por una gran mano. Luego el viento levantó la casa entera y la depositó entre los árboles del limonal. No podían creer lo que sus ojos veían. ¡Esa casa de madera, con fuertes tirantes y tablas, volando como si fuera de papel! Por suerte ellos estaban a salvo, ¡ni querían imaginarse cómo la hubiesen pasado si se encontraban dentro de la casa! Cuando salieron de su escondite, otra sorpresa esperaba: derribado el monte, un resplandor se veía a lo lejos, hacia el noroeste!

-Eso es Eldorado, el pueblo.- aclaró Augusto.

Teresa fijó su vista en ese lejano resplandor y se propuso ir a vivir allí algún día.

Esa noche tuvieron que pasarla allí, los muchachos bajo y las mujeres en la cabina del camión, puesto que al viento le siguió una copiosa lluvia. Y al día siguiente comenzaron la tarea de vaciar y luego desarmar la casa para volverla a colocar sobre los cepos que vacíos y solitarios marcaban el lugar de su ubicación. Esta vez Augusto aseguró los tirantes del piso con largos clavos a los cepos. Pero por suerte el tornado no se repitió nunca más.

Muchos años más tarde, cuando Teresa ya había abandonado el hogar paterno, se construyó una casa de ladrillos y techo de chapas de zinc.

La casa de ladrillos era un símbolo de buena situación económica

Capítulo nueve:
El kilómetro 28, centro comercial

Teresa y sus hermanas alternaban sus días entre ir a la escuela, realizar tareas de la casa antes y después de la misma, sobre todo ella, la mayor, siempre debía hacer frente a los trabajos más duros y agotadores, ya que sus hermanitas, de modo que ella nunca logró explicarse, continuamente lograban que su padre les tenga consideración. No conocía más que el centro urbano más cercano, un puñado de comercios en un cruce de calles, llamado "el kilómetro 28". Allí había un destacamento policial, un taller mecánico, un almacén de ramos generales, una carnicería y otro almacén que pertenecía a un panadero. El taller mecánico, que pertenecía al señor Lagner, tenía un espacio techado, éste se utilizaba una vez al mes como capilla, cuando venía un cura itinerante a dar misa. Las familias se acercaban y tomaban asiento sobre rústicos bancos que no eran más que tablas apoyadas sobre tacos de madera. En el frente la esposa del

mecánico improvisaba un altar: una mesa cubierta por un mantel blanco bordado y un ramo de flores de su jardín junto a la cruz de madera que el cura traía. Para los bautismos, hacía pasar a las madres con los niños a bautizar al frente, después de la misa y los bautizaba a todos juntos, salpicándolos con el agua bendita que tenía en una sencilla lata de aceite.

También en este "centro" se instaló una carnicería, perteneciente a la familia Alegre. Ellos iban a las mismas chacras y faenaban las reses en el mismísimo potrero, izándolas por las patas traseras en la rama de algún árbol y cargaban luego la carne que habían acordado comprar en un carro al cual habían colocado un cerramiento a la caja, enfriado con bloques de hielo. Llevaban la carne a su local, donde tenían unas grandes heladeras. Con el carro realizaban también reparto a domicilio. En la tapa de atrás, que se rebatía para abrir y servía entonces de mostrador, una ranura todo a lo

largo, permitía al vendedor cortar con un serrucho los huesos de la parte a vender. Los perros de los compradores ya conocían el ruido de ese vehículo y se acercaban a lamer la sangre y viruta de hueso que caían al suelo. Cuando venía el carnicero, las mujeres salían al camino terrado con alguna fuente en la cual colocar la carne, o un gancho para colgarla y el dinero en el bolsillo del delantal, generalmente hecho del género de las bolsas de harina. Algunas no hablaban el castellano, pero por señas se entendían con el carnicero, que sólo hablaba castellano y guaraní.

No siempre había reses para faenar disponibles en la colonia. En épocas de pocas vacas, los hermanos Alegre se volvían troperos. A caballo se dirigían hasta Posadas o sus cercanías, donde compraban un lote de vaquillonas y las arreaban por lo que no era más que una picada por el monte hasta Eldorado, hasta el kilómetro 28 y las tenían en sus corrales hasta faenarlas. (Eran 200 km o más).

Un poco más allá, un almacén de ramos generales, de Gollub y Wiedman, (que en el año 2017 aún existe en el mismo formato, aunque vos no lo creas); como era típico en la época, ofrecía cualquier cosa que se pudiese necesitar: hilos, telas, ollas, harina, azúcar, aceite, alambre, clavos, en fin, la lista sería larguísima! Allí don Markovics solía comprar una pieza entera de tela de algodón marca "Grafa", con la que Otilia luego confeccionaba cualquier prenda de vestir que la familia necesitaba: tanto ropa interior, vestidos para las mujeres, pantalones y camisas para los hombre... todo del mismo género y, obviamente, del mismo color. Paños estampados y coloridos eran un sueño que no se hacía realidad en esos tiempos en muchas familias. Las prendas de Grafa ya eran una notoria mejora respecto a las prendas confeccionadas con las bolsas de harina. Sin embargo éstas siguieron siendo útiles para transformarse en toallas, repasadores, cortinas y manteles, que las mujeres

bordaban primorosamente, a menudo en punto cruz, ya que los hilos gruesos de ese género se prestaban a ello.

Luego, mucho más tarde, se instaló un panadero: Gottfried Keller en el mismo Km 28. ¡Que papá Augusto traiga unas galletas de la panadería era todo un acontecimiento!

Foto n° 11: El almacén de Gollub aún existe en 2017! Y continúa con su estilo único!

Capítulo once: Un viaje a Iguazú

En el verano en el que Teresa cumplía sus quince años, sus padres organizaron, junto a otros vecinos, un viaje a Iguazú. Irían en el camión de su padre, quien preparó la carrocería adecuadamente, incluso una jaula de madera en la cual llevaron gallinas vivas, para disponer de carne, ya que en el Parque Iguazú estaba prohibido cazar. Eran un total de más de quince personas, entre adultos y niños. Los preparativos empezaron varios días antes:

-¡Voy a hacer varios panes! ¡A ver, preparen algunos frascos de mermelada! ¡No olviden una lata de grasa y una con huevos! –indicaba su madre. - ¡Laven algunas bolsas de tung, para guardar las frazadas y almohadas!-

Por fin llegó el día de la partida. Los vecinos fueron trayendo sus cosas al patio de los Markovics: colchones, frazadas, una muda de ropa para cada uno, sus platos de hojalata y

cubiertos, alguna palangana o balde. Alguien aportó una gran pava negra de hierro, así como una olla de tres patas del mismo material. Algunos faroles a querosén y ese combustible. Colocaron los trastos en cajas sobre el camión.

-¡Carguen los colchones de chala, pónganlos sobre las cajas, para sentarse encima! ¡Metan las frazadas en bolsas limpias van al centro, ahí se van a sentar los más chicos.

Finalmente, arrancaron e hicieron los primeros kilómetros hasta el almacén de la familia Schendelbeck, donde compraron aún fideos, arroz y algunas latas de Cornebeef y picadillo. Así, la mayoría acomodados como podían sobre la carrocería del camión, su viaje por la ruta doce, que era sencillamente un camino de tierra, lo que significa polvo, piedras, zanjas… A pesar de haber salido bastante temprano, llegaron a la tarde recién, y les alcanzó justo para preparar el campamento, con la carpa del camión como un gran techo desde el parante del camión al suelo como una

media agua. Hicieron un fogón, en el cual prepararon un guiso en la olla negra. Estaban ubicados en las cercanías del salto Dos Hermanas, y en las aguas que corrían al pie de estos saltos, se refrescaron antes de comer.

Familia Markovics y vecinos en las Cataratas del Iguazú. Al fondo se observa el salto Dos Hermanas, a cuyo pie acamparon

Al día siguiente, mientras estaban desayunando con pan y dulces caseros, se les acercó un personaje singular que vivía en una casita construida con botellas. Se presentó como "el viejo de la carretilla". Le convidaron el desayuno, que aceptó de muy buena gana, y se quedó conversando con ellos. Él les indicó por qué senderitos debían ir, dónde había que tener especial cuidado (porque en ese entonces aún no había pasarelas para recorrer todas las cataratas.) y a la noche, cuando todos estaban sentados ya cansados de tanto andar bajando y subiendo por las piedras, les relató su propia historia.

Capítulo doce: Una escuela con historia triste

Teresa concurrió a la escuela desde los siete a los once años. Hizo hasta cuarto grado. Su sueño era ser maestra o enfermera.

La escuela fue construida por los vecinos de la zona. De tablas anchas de madera, sobre cepos de madera dura que la separaban del suelo para que la humedad no le afecte tanto, mostraba rendijas entre los tablones que formaban su piso, ya que al secarse con el tiempo, éstos encogieron. Un patio de tierra, con su mástil y algunos juegos como sube y bajas la rodeaban.

Un puñado de alumnos de diferentes edades formaba el alumnado de primer grado inferior a cuarto grado. Jugaban despreocupados en los juegos cuando escucharon un gran ruido que provenía del edificio.

_¡Es el fantasma!-gritó uno.

-¡Corran! ¡Que no los atrape!- otro.

Los niños convivían con la historia del fantasma en la escuela. No había razones para dudar de ello. Después de todo, pudieron comprobar con sus propios ojos las marcas de sangre en el borde de las tablas del piso. Eran tres líneas oscuras, como de algo que chorreó sobre la tabla y goteó al suelo reseco bajo el piso del aula. ¿Cuál era la historia tras ello? Una historia de amor. De trágico amor. Circulaba relatada en voz baja, y con un respeto reverente. Sentados los alumnos a la sombra de un añoso árbol de paraíso, una de las mayores relata tal como lo escuchó unos años atrás:

-¡Dicen que muchos años atrás, cuando la escuela recién se había construido, llegó a la zona un maestro de origen español, que había tenido su formación en un seminario católico, allá, en la madre patria. Llegó pues, recién recibido a la Argentina, dejó de ser cura, y se hizo protestante, dedicándose a la docencia. En Buenos Aires, se casa con una

docente y se viene a Eldorado contratado en 1932 por la iglesia luterana, quien buscaba un pastor y un docente que enseñara el castellano a los hijos de los inmigrantes.-relata, mirando hacia uno y otro lado para asegurarse que todos escuchan con atención.

-¿Y cuándo se volvió fantasma?- pregunta uno de los más pequeños.

-¡Tranquilo! ¡Hay que conocer toda la historia para entenderla- aclara la que relata - No sabemos cuáles eran los problemas que tenían, pero la realidad es que su esposa y sus dos hijas regresaron a Buenos Aires. Él construyó una casa propia, en el km 7, a la que regresaron, pero no solucionó evidentemente los problemas de la pareja, ya que al poco tiempo las mujeres de la familia regresaron a la capital para ya no volver.

-¿Y el maestro? ¿Entonces se hizo fantasma?-insistió el chiquito.

-El maestro se quedó en Eldorado y trabajó en diferentes escuelas. En la del km 2, en el Hindenburg del km 14 y también en la N°262 de la picada Suiza, donde fue maestro y director. – luego baja el tono de su voz para crear un poco más de suspenso.-en esa zona vivía una familia que tenía un pasar algo mejor que los de más, y tenía solamente una hija. Una hija ya un poco grande, supongamos de unos trece años. Y como querían lo mejor para ella, contrataron al maestro para que le diera clases en su propia casa, ya que era un poco mayor para ir a la escuela con todos los demás.-

-¿Y era linda?- preguntó una niña.

-¡Sí, sin duda era muy linda! Muy fina y delicada. Pero bien, sucedió que esta chica tan linda y cuidada ¡Se enamoró del maestro!-

-¡Oh, no! ¿Y él? ¿Él se enamoró de ella?-

-¿Sabés que sí? ¡Aunque era mucho mayor él! ¡o quizá justo por eso! Como ella era tan bonita y él estaba tan solo.

-¿Y qué dijeron los papás de ella?-

-¡Se enojaron muchísimo! ¡Suspendieron las clases y hay quienes dicen que hasta llegaron a atarla!-

-¡Ah! –razonó el pequeñín- ¡Entonces él se transformó en fantasma para ir a verla!- observación por la que recibió un codazo de la niña que estaba sentada a su lado.

-¡No! ¡Él se las arregló para continuar con su amor. Y un buen día, en el año 1940...-

-¡El año en que nací yo! – exclamó Teresa, quien formaba parte de los oyentes.

-¡Bueno, en el año en que Teresa nació, los padres salieron, dejando a la chica sola. Ella se escapó y fue a ver a su ama-

do. Y no supieron más de ella. Cuando volvieron a su casa, no la encontraron. ¡Imagínense el susto! ¡Salieron a buscarla, pidieron ayuda a los vecinos, pero nadie la había visto. Buscaron por días. Hasta que los encontraron.

-¿Hechos fantasmas?-

-¡Más o menos! ¡Los encontraron muertos, en el aula de la escuela! Dijeron, los pocos que estuvieron ahí, que había comida y bebidas alrededor de los cuerpos. Que se habían suicidado. Nadie contaba bien las cosas, a pedido del sr, Strehler, papá de la jovencita, y como él era un hombre muy importante, le hacían caso. –

-¡Pero después alguien contó la verdad, parece!-

- Sí. Al pasar el tiempo, se fue sabiendo: tal parece que el maestro dio un disparo a su enamorada-amada. Y se suicidó él. Quiso hacer desaparecer todo con fuego, porque había

unos leños carbonizados en el piso. Por alguna razón, el fuego se apagó y así fue que los encontraron.

-¿y el fantasma?-

-Es el alma de estos dos enamorados que no puede terminar de irse, porque necesita que los padres de ella comprendan y acepten su amor. Por eso da señales cada tanto. Pero no creo que nos haga daño a nosotros…-

-¿Los enterraron juntos?-

-¡No! ¡A ella en el cementerio del km 18, y a él en un borde del cementerio del km 25! ¡Bien lejos uno de otro!-

-¿Y por qué en el borde?-

-¡Y porque era suicida, y la iglesia lo ve como un gran pecado! Además de todos sus otros pecados, como el de matar a la chica.

-¡Qué historia más triste! ¡Mejor ni enamorarse!-

-¡Mi mamá dice que eso no se elige!¡Que uno se enamora y ya está, no importa si es posible o imposible tu amor!

-¡Ah, no! ¡Yo no pienso enamorarme! ¡Sólo para problema es eso!- exclamó Teresa decidida.

Capítulo trece:
Entretenimientos: música, baile y juegos

Unos dos kilómetros del cruce donde se encontraban los negocios en el Km 28, una familia de apellido Leimer instaló un salón de baile. Allí se organizaban alegres bailes, con músicos en vivo, pues en la colonia había varios grupos musicales que se habían formado, algunos familiares y otros de amigos: una era la orquesta de Buck y Schwörer. La publicidad iba de boca en boca, y nadie quería faltar a los bailes en dicho salón. Por supuesto Teresa Markovics y sus hermanas, como todos los demás jóvenes de la Picada Suiza, también deseaban ir. Pero ¿Cómo? Eran unos ocho kilómetros para llegar. Le pedían a su padre, trabajaban más que nunca para mejorar su humor, pero él sólo sacudía la cabeza y hacía comentarios como:

-¡Seguro que va a llover el sábado!-

Pero llegado ese día a la tardecita, ataba una soga a lo largo de la carrocería, desde el parante y hasta el cerramiento trasero, por el medio de la misma. Eso era la señal para bañarse, vestirse con el único vestido que no era de Grafa, arreglarse el cabello y sentir la emoción de saber que irían. Don Augusto ya había avisado a todos los vecinos que iría con el camión al salón Leimer y estos esperaban ya en el borde del camino, delante de sus casas, cada 500 metros, aproximadamente, para treparse a la carrocería y así, todos los jóvenes y algunos no tanto de la picada suiza concurrían todos juntos a la diversión. (Que terminaba cuando don Augusto decidía volver… ya que en caso contrario, eran unos ocho kilómetros para hacer a pie).En el salón, que no era más que un techo rústico, con una suerte de tarima en el fondo, sobre la cual se ubicaban los músicos, un piso de tablas bien lisas, que era la pista de baile, rodeada de mesas y bancos rústicos, en los que se ubicaba la gente. Las señoritas se sentaban entre sus padres, a la espera de un damo que las invite a bailar. Éste debía saludar primero a los mayores, pasándoles la mano y presentándose en caso de no ser un vecino de los mismos. Luego les pedía permiso a ellos para bailar con la chica, y si el padre aprobaba, ella se levantaba e iban a la pista. El salón se iluminaba con lámparas a querosén, tipo Petromax.

A veces se juntaban los jóvenes de una picada a festejar el cumpleaños, sobre todo de las muchachas. Chicas y muchachos llegaban a la casa de la misma, sábado a la tardecita. La agasajada ya había barrido prolijamente el patio de tierra e improvisado algún banco con tablas sobre troncos de madera. Alguno traía una vitrola a manija. La familia Leuenberger tenía una, pero tenían un solo disco. Así que bailaban toda la noche al son de la misma canción, que era el chamamé "El caú". Entremedio bebían agua o, quizá, leche de vaca. No había ni cena, ni torta en estos festejos. De este

modo también festejó sus quince años la que nos brinda este relato. Cuenta que usó una pollera floreada, la primera de muchos colores que tuvo, junto con una blusa blanca, con cuello tipo camisa, que tenía vivos rojos. Y que al terminarla noche estaban totalmente cubiertos de polvo de tanto bailar en el piso de tierra del patio.

Si no había cumpleaños para festejar, los jóvenes se reunían los sábados a la tarde en alguna casa. Allí, si era invierno o día de lluvia, jugaban quizá al ludo o a los naipes, bajo la estricta supervisión de los padres de familia de esa casa, y tomando mate.

A veces, se divertían al aire libre. Sobre todo los muchachos gustaban de largarse en improvisados carros por la calle que iba en bajada. Una vez el padre de Teresa había cambiado las cubiertas del camión, y decidieron probar con las cubiertas usadas, metiéndose adentro. Uno de ellos, Guillermo, alto y delgado, se acomodó en el interior de la

cubierta y los demás le dieron impulso a la misma de modo que empezó a rodar camino abajo a gran velocidad. Tanto que en una curva siguió de largo, pasó un alambrado y fue a parar a un bañado. Todos corrieron a rescatar al muchacho. Cuando lograron sacarlo, comenzó a vomitar, se hizo encima estuvo enfermo unos cuantos días.

Capítulo catorce: Sueños de libertad

Al cumplir los 16 años, era necesario renovar la libreta cívica. Así que a ello le llevó su padre a Eldorado. Ella estaba ansiosa, ya que hacía tiempo que quería conocer lo que en su casa se denominaba sencillamente: "el pueblo". Se arregló lo mejor que pudo, se puso su ropa de salir y las alpargatas nuevas. Así se subió al camión F8, a fines de febrero. Era un día espléndido. El sol iluminaba un cielo de azul intenso, los árboles y arbustos parecían refulgir en sus verdes, ya que había llovido unos días antes y estaban aún libres de polvo. Pero ahora el camino estaba seco y el camión levantaba una gran nube roja a su paso. Polvo que también se metía en la cabina y fue cubriendo el rostro, los cabellos y las ropas de sus ocupantes. Así llegaron al "centro del pueblo" en el km 9, donde el edificio de las oficinas de la Cooperativa Agrícola y el Banco de la Nación marcaban indiscutiblemente el punto neurálgico de la Colonia.

El edifico de las oficinas de la Cooperativa Agrícola, marcaba el centro de la Colonia Eldorado.

Para ir a renovar el documento, había que llevar una foto tipo carnet. Así que en primer lugar fueron al local de Juan Hubner, para que éste le saque la foto. El fotógrafo, al verla tan empolvada y despeinada, la abrazó y llevó a un cuartito detrás del local. Allí había una palangana con agua, jabón, toalla y un peine.

-No te hagas problema. Todos los días llegan varias personas de lejos y todas están empolvadas. Lávate y péinate, y te saco la foto.

A pesar de las amables palabras del hombre, ella sintió una gran vergüenza. Se lavó fregándose con fuerza la cara y el cuello, se mojó el cabello para poder peinarse mejor, y lo alisó luego con el peine. Así que en su libreta cívica, lucía el cabello mojado, pegado a la cabeza. Para colmo de males, al salir del local del fotógrafo, pasó por una tienda de ropa. Allí había un vestido de novia. ¡Nunca había visto algo tan hermoso! Se inclinó para verlo mejor, dándose con fuerza la cara contra la vidriera. (ni se había percatado del vidrio).

Unos meses después, Teresa tuvo fuertes dolores abdominales, y el padre la llevó, en camión, (hay que imaginarse el traqueteo de un vehículo así por los caminos de tierra, con zanjas y piedras, y teniendo tremendos dolores) al único

sanatorio, que funcionaba en el km 4 de Eldorado, y pertenecía a los médicos MIttag y Vogt. Diagnosticaron apendicitis, quedó internada y fue operada. A pesar de lo mal que lo pasó, ella estaba feliz: veía una vida diferente a la tan sacrificada en la chacra. Cuando el doctor Mittag la revisó unos días tras la intervención, ella juntó coraje y preguntó si existía alguna posibilidad de trabajar en el sanatorio.

-¡Si, venite cuando quieras! Siempre nos vienen bien unas manos acostumbradas a trabajar. –respondió el médico.- Pero esperá por lo menos un mes, para curarte bien.-agregó.

Su padre vino a buscarla, y ella regresó a su casa sin decir palabra alguna de sus planes, por miedo a la reacción que pudiera desatar, ya que don Augusto no perdería una fuerza laboral excelente como lo era ella, sin intentar impedirlo.

Pero el plan iba tomando forma, a medida que se recuperaba de la operación del apéndice. Una de las cuestiones era

el dinero. Ella necesitaba dinero para el pasaje de colectivo y quizá para alguna prenda de vestir, ya que su guardarropa era más que reducido.

Un domingo, unas tres semanas más tarde, mientras se habían reunido los jóvenes en la casa de la familia Leuenberger, la señora dijo que ya estaba harta de lavar la ropa de su esposo y sus hijos varones, que se ensuciaban tanto! La jovencita vislumbró una oportunidad y se ofreció para esa tarea.

-Pero, ¿Vas a poder hacerlo? Porque en tu casa no hay hijo varón que ayude a tu papá, y sé que vos sos la que trabaja en la chacra como si fueras hombre. –replicó la mujer.

-¡Puedo venir bien temprano, antes de ir a trabajar a la chacra con papá! – exclamó la joven, quien no quería perderse la oportunidad de ganarse unos pesos.

-¡Si vos venís a las cuatro, dale nomás! ¡Yo dejo la ropa en remojo a la noche, vos vení y cepillala! La enjuagás y tendés. Si lográs hacer todo eso hasta las cinco y media, trato hecho!

Esa tardecita Teresa le informó a sus padres de que ayudaría a la vecina, y a qué hora lo haría; sin mencionar porqué quería ganarse ese dinero. El padre miró con cara de pocos amigos. No se lo prohibió, pero dejó claro que esperaba que ella trabaje con la misma energía de siempre en la propia chacra durante el día. Así que por dos meses, Teresa se levantó antes de las cuatro, se aseaba mínimamente y caminaba por un trillo que cruzaba el monte, hasta la chacra de los vecinos. Allí, bajo un techito, había una mesa con una tabla inclinada, y junto a ella, un fuentón de hojalata repleto de ropa sucia remojada en agua con jabón: pantalones y camisas totalmente sucios. Ella comenzaba a fregarlos con el cepillo, hasta eliminar toda la suciedad, y los iba

apilando sobre la mesa. Luego vaciaba el fuentón y buscaba agua del pozo para enjuagar las prendas. Era un pozo con roldana y tenía que sacar unos ocho cubos de agua para enjuagar bien las prendas. Las retorcía para quitar toda el agua posible, y las colgaba sobre el cerco de alambre. Eso dos veces a la semana. Y luego volvía lo más rápido posible por el senderito a su casa, donde su padre ya estaba tomando mate, para luego ir a trabajar a la chacra: carpir en las plantaciones de mandioca, maíz o yerba, arrancar plantas de mandioca para el consumo en la casa o para los cerdos, cosechar zapallos o melones, doblar las plantas de maíz cuando tenían ya espigas para que los loros no se coman todos los granos, plantar, cortar, traspirar, etc. Pero ya todo parecía ser más liviano: sabía que otro futuro la esperaba.

Y un día consideró que ya tenía suficiente. No era mucho, pero ya no quería esperar más. Quería otra vida que el tra-

bajo durísimo en la chacra. Así que esa noche se levantó a las tres de la mañana, y con mucho cuidado se vistió y guardó una muda de ropa más en un bolsito, tomó su dinero y salió de la casa, en la cual todos dormían aun plácidamente. Era una noche oscura, con el cielo cubierto de nubarrones, en los que los relámpagos parecían jugar a asustarla. Pero la euforia de lo que emprendía la embriagaba y daba alas a sus pies calzados de alpargatas. Llegó por un senderito que cruzaba el monte, al cruce de caminos donde a las cinco pasaba el colectivo OL6, que pertenecía a un tal Ortellado. Con preocupación alzaba la vista al cielo encapotado, rogando que no se largara a llover antes de que llegase el ómnibus, porque obviamente, no tenía ni paraguas ni nada para protegerse. Al rato llegaron otras personas que también querían trasladarse al pueblo.

-¡Buen día! – dijo un hombre que traía una bolsa con algunas cosas, de las que Teresa sospechó que eran naranjas o limones, que llevaba a vender.

-¡Buenos días! – respondió Teresa.

-¡Se larga en cualquier momento!, ¿eh?- inició la conversación el hombre.

Teresa estaba demasiado nerviosa y no tenía muchas ganas de charlar, pero no quería ser descortés. - ¡Si, espero que aguante hasta que estemos en el colectivo!- respondió.

-¡Vamos a patinar un poco, ojalá lleguemos hasta el pueblo! – continuó el hombre. Y ya se les unía una mujer con un niño.

-¡Buenos días! ¡Si se puede decir con la tormenta que se viene! Yo solo porque tengo que ir a ver a mi suegra, que me avisó que está enferma! Sino, ni loca salgo con este

tiempo.- explicó sin que nadie le pregunte. Fijó su vista en Teresa y preguntó:

_¿Y vos a qué vas al pueblo? Sos una Markovics, ¿cierto?- Teresa tomó aire como para responder, pero la mujer ya se había dirigido al hombre, preguntándole qué llevaba en la bolsa. Así que se ahorró la respuesta.

Un colectivo de la empresa OL, semejante al que tomó Teresa para ir al encuentro de su nueva vida

Por fin llegó el colectivo, cuando ya los truenos se hacían terriblemente fuertes. Con un gran suspiro, Teresa se dejó caer en el duro asiento de madera, al lado de la ventanilla. Ya había unas cuantas personas, aunque en un día como éste, de lluvia, únicamente quien no podía evitarlo, salía del resguardo de su casa. El camino era terrado, y casi enseguida se largó una lluvia intensa como solamente en esta zona tropical puede caer. El chofer ni veía el camino, pero como ya lo conocía, llevaba el ómnibus, cuya trompa parecía la de un camión, con gran habilidad cerro arriba, y en bajada, por las curvas y los puentes que eran varios en su trayecto. Y si la tierra roja era muy profunda y blanda, los hombres que viajaban tenían que descender y ayudar a empujarlo hasta sacarlo de ese sector. Todo esto retrasaba mucho el viaje. Tanto, que a la joven le parecía que no terminaría nunca. Finalmente, ya cerca del mediodía, llegaron a la plaza central, llamada Sarmiento en honor a quien organizara

la educación pública en el país. Pasó sus manos por la falda de su vestido, vio que ya *tenía algunas huellas de tierra roja, pero no había opción: tenía que llegar al sanatorio.*

Ya sentía hambre, pero ni se había acordado de traer un trozo de pan siquiera. Su ansiedad había sido tan grande esa mañana, que no pensó en algo tan trivial. Además había calculado que para estas horas ya estaría en su destino. Así que pidió un vaso de agua en el único kiosco que se encontraba en las inmediaciones de la plaza. Cerca dela misma aún había un yerbal, pero ella ni deseaba explorar el lugar. Aproximadamente una hora más tarde, salió el colectivo que hacía el recorrido hasta el puerto, de la empresa ETCE. Se reinició la lluvia, y el vehículo nuevamente quedó empantanado dos veces, una en la curva tras la ajada del centro al kilómetro ocho, (lo que hoy día se conoce como curva Cafetti), pues allí había una naciente que en días de lluvia emitía mucha más agua e inundaba literalmente el camino

de tierra roja. El chofer pidió a todos que desciendan, y a los hombres que colaboren empujando el vehículo. Las mujeres recibieron el barro que volaba a causa de la fuerza de tracción de las ruedas, a pesar de haberse alejado todo lo posible. La segunda vez fue en inmediaciones del fotógrafo Fändrich, donde también el suelo era muy blando.

Así que cuando por fin pudo bajar del ómnibus frente al sanatorio, ya estaba cayendo el sol. Y ella estaba completamente embarrada y cansadísima, ni hablar del hambre. Con el corazón latiendo fuerte en su garganta a causa del miedo a ser rechazada, levantó la mano y golpeó la puerta. Al poco tiempo escuchó que se acercaban pasos por el corredor y contuvo la respiración. Era la esposa del médico Mittag, quien al verla en tan lamentable estado dijo llena de asombro:

-¡Pero hija! ¿Qué te pasó? ¡Dios mío, pasá, pasá y decime!

Teresa entró tímidamente y respondió:

-¡Buenas noches, señora! ¡Disculpe la hora!¡Salí temprano, pero recién llegó acá el colectivo!-

-¡Ya veo que anduviste por el barro! ¡Vení, pasá y contame qué te trae! ¡Ahora que te miro bien, me resultás conocida! ¿Vos estuviste acá hace poco, o me equivoco?

-¡no se equivoca! ¡Estuve internada, me operaron del apéndice! Y ahí yo pregunté al doctor si podría trabajar acá, y él me dijo que venga cuando esté bien curada.

-¿y ya lo estás? ¡Cuánto me alegra! Así que querés trabajar, muy bien, bienvenida entonces! – y llamó a otra chica a la cual indicó:

-¡Ella es Teresa, acompañala a las piezas, que comparta pieza contigo , y que se dé un buen baño. – y, dirigiéndose a la recién llegada:

-¿Tenés ropa? Bien, dale unos delantales también, delos que están en la enfermería, y cuando esté lista, vengan al comedor, así cenamos, que me parece que está con mucha hambre también!-

Así comenzó Teresa su nueva vida, como mucama, luego como aprendiz de enfermería, y finalmente, como enfermera.

Capítulo quince: Muchos años después...

Teresa contaba con unos veintinueve años, cuando una mañana, mientras lavaba los trastos del desayuno en la casa de sus padres, donde se encontraba de visitas, escuchó que los perros, que eran unos siete entrenados para la caza, ladraban desaforadamente a la entrada a la casa. Miró por la ventana y para su susto vio a dos jóvenes, una chica y un muchacho, trepándose al árbol de tung que custodiaba la entrada. Se secó las manos en el delantal y salió a ver de quiénes se trataba, porque no era común que lleguen visitas a su casa. Salió, espantó a los perros y parándose cerca del árbol, saludó y ayudó a los jóvenes a descender del mismo.

-¡Buenos días! ¡Tranquilos, ya no les van a hacer nada los perros. Bajen. ¿A quién buscan?-

-¡Hola! ¡Buenos días! ¡Qué susto nos dieron toda esa perrada! -exclamó el muchacho.

-¡Gracias por atendernos! ¡Somos Guillermo Y Teresa! Los nuevos maestros, llegamos ayer a la escuela, pero no encontramos a nadie, pensábamos que la directora vivía en la escuela! ¡y hoy salimos a caminar, para conocer la zona y su gente!

-¡Oh, no, la directora vive a varios kilómetros de acá! ¡Pero pasen, pasen, vayamos adentro!

-¡Muchas gracias!

-¡Miren la casualidad: yo también me llamo Teresa! ¡y me gustaría ser maestra! ¡Pero como vivo acá en la chacra, creo que no va a ser posible!

-¡A veces hay que lanzarse a la vida! Así lo hicimos nosotros al venirnos. Somos recién casados, ¿Sabés? Venimos de Corrientes. ¡Buenos días, señora, permiso!- saludó quien no era nadie menos que Teresa Parodi, a doña Otilia, al entrar a la casa.

-¡Buenos días, pasen, voy a preparar unos mates, ¿puede ser? – respondió ésta amablemente.

-¡Encantados! ¡Todavía estamos en ayunas!- Respondió él.

-¡Ah! ¡Felicitaciones por la boda!- interrumpió Teresa Markovics- ¿Y cómo llegaron hasta aquí? ¡Tomen asiento!

-¡En tren hasta Posadas, luego tomamos el primer colectivo que iba hacia Iguazú, pero nos bajamos en Eldorado, porque nos gustó el nombre!

-¿Y desde el centro de Eldorado hasta acá, cómo vinieron?- preguntó Otilia.

-Donde nos bajamos, había un colectivo local, el chofer se ve que nos vio la cara de desorientados y nos preguntó adónde queríamos ir. Yo le respondí que éramos maestros y que buscábamos una escuela. Él, espontáneamente dijo que sabía de una escuela sobre su recorrido, donde hacían falta

maestros. Así que nos trajo y nos dejó justo frente a la escuela. ¡Pero no había nadie allí!

-¡Y no, en el fin de semana nunca va a haber alguien!-acotó Otilia, mientras cortaba unas rodajas de pan casero, que ofreció a los visitantes. ¡Sírvanse, acá hay crema de leche, mermelada de naranja, dulce de Grosella, todo casero nomás!

Y así, entre mates y pan casero, los flamantes esposos contaron su historia, que era una fantástica historia de amor. Como los padres de ella estaban absolutamente en contra de esta relación, ellos se habían casado a escondidas de los progenitores, con el aval de un juez de menores, amigo. Y se habían lanzado prácticamente con lo puesto a buscar nuevos horizontes. Teresa Markovics y sus hermanas escuchaban con los ojos y la boca abiertos. Creían que esas cosas sólo sucedían en las novelitas que su madre leía y ellas cuando podían se apoderaban para leer a escondidas.

Esa tarde bajaron del altillo el catre que hasta hacía poco era la cama de Teresa, pero que había sido reemplazado por una cama de madera rústica que su padre le construyó y que llevaba un colchón de goma espuma, una novedad que había llegado al almacén de Ramos Generales de Gollub, en el Km. 28. Al catre le agregaron un cochón de tiritas de hojas de maíz, una almohada de plumas, ropa de cama y algunos enseres más para que la joven pareja pueda instalarse provisoriamente en la escuela. El lunes le dieron la sorpresa a la directora, quien organizó un espacio en la parte trasera de la escuela para que puedan tener allí una vivienda. Pero era un espacio mínimo. Teresa Markovics sabía de un vecino que tenía dos galpones, fue a verlo y explicándole la situación, le pidió que prestara uno al joven matrimonio. Él respondió que no tenía problema, pero tampoco tiempo para vaciarlo y limpiarlo. En los días siguientes se dedicaron a ello y luego de desalojar unos terneros y otros cachivaches viejos,

limpiaron y pintaron con cal lo que resultó en una agradable casita. Todas las tardes, al terminar sus tareas de atender a los animales, y hacer sus trabajos en su casa, Teresa Markovics visitaba a estos jóvenes, de su misma edad, más o menos. Le encantaba charlar con ellos, que expandían un poco su horizonte. Mientras el joven esposo cocinaba, Teresa Parodi se sentaba con su guitarra a ejercitar punteo y canto. Sí, era la Teresa Parodi que años más tarde se hizo famosa cantora y llegó a ser Ministra de Cultura de la Nación, durante la presidencia de Cristina Fernández de Kirchner.

Teresa Markovics con Teresa Parodi y otra amiga, en la escuela 262, de la Picada Suiza, en la cual Teresa Parodi había trabajado de maestra, junto a su esposo. Al visitarla en el año 1986 – cuando se tomó la foto- fue madrina de esta escuela.

Epílogo:

Hoy, en el año 2017, concluimos este relato que escuché de boca de Teresa Markovics, y al cual sencillamente ayudé a hacerse palabra escrita. Me llena de satisfacción que al cerrar estas páginas, la costanera de la ciudad de Eldorado lleva el nombre de Eduviges Markovics, de acuerdo a la ordenanza establecida en sesión ordinaria del Honorable Concejo Deliberante de la ciudad de Eldorado, por ser la primer niña nacida en lo que era en ese entonces una colonia, y es más: nació en el espacio mismo que ocupa la costanera. Sus primeros pasos fueron en ese mismo terreno que tantos eldoradenses transitan sobre todo en los fines de semana.

Eduviges Markovics, ya mayor, sentada en el centro, la acompañan de pie sus hijos, Juan, Carlos y Rosa (Medy)

ÍNDICE

Agradecimientos	**3**
A modo de prólogo	**5**
Capítulo 1: La Llegada	**7**
Capítulo 2: Primeros tiempos	**17**
Capítulo tres: Sus orígenes	**33**
Capítulo cuatro: tiempos difíciles	**38**
Capítulo cinco: Historias de monte adentro	**46**
Capítulo seis: El rescate	**52**
Capítulo siete: Pasos jóvenes por Eldorado	**54**
Capítulo siete: Infancia en el monte	**66**
Capítulo ocho: En la casa nueva	**80**
Capítulo nueve: El kilómetro 28, centro comercial	**83**
Capítulo once: Un viaje a Iguazú	**89**
Capítulo doce: Una escuela con historia triste	**93**
Capítulo trece: Entretenimientos: música, baile y juegos	**101**
Capítulo catorce: Sueños de libertad	**106**
Capítulo quince: Muchos años después...	**121**
Epílogo:	**127**

EDITORIAL
"EDICIONES MISIONERAS"

Érase una selva de milenaria vida, exuberante, magnífica y altiva...
Llegaron desde lejos, en barcos navegando por el ancho río, en busca de tierras para sus casas y sus cultivos,
La lucha fue cruenta, la selva ya sin fuerzas, se resistía
Así nació la Colonia Agrícola Eldorado, que tomó su propia vía.
Los Markovics fueron parte de ello, desde el primer día.